

LA EVASION DEL SABER

El rápido incremento de las relaciones culturales entre los países latinoamericanos con los Estados Unidos y Europa, ha despertado el interés de sus bibliotecas importantes por llenar sensibles vacíos en las colecciones, especialmente lo tocante a literatura e historia. Incide además, este fenómeno en los centros documentales y docentes, manifestándose curiosidad por conocer detalladamente nuestro estado intelectual, político y científico. Las universidades adquieren a cualquier costo las obras representativas de nuestras bibliografías.

La producción latinoamericana parece redescubierta y ello arrastra un deseo de obtener sus libros, piezas documentales, históricas y artísticas que incide en forma por demás peligrosa en el equilibrio, integración y conservación de sus acervos.

Los países sudamericanos, en su mayoría, recién comienzan a consolidar una conciencia definida en materia de archivística y bibliografía. No se hallan preparados ni económicamente ni legalmente para detener el empuje comercial que ese afán foráneo genera. En muchos, y aquí la falla principal, se adolece de legislación adecuada para proteger esa riqueza, base de sus patrimonios. Hasta hace pocos años, estas naciones eran depósitos colosales de materiales bibliográficos de alto valor. Por un lado riquísimas colecciones de origen extranjero, llegadas pieza por pieza durante lustros, para llenar los ocios de una época colonial que se prolongó hasta tiempos muy avanzados; por otro, una clase alta culta, en su mayoría de raza española o lusitana, inclinada a las letras, fue formando copiosas bibliotecas particulares, algunas de las cuales dieron nacimiento a bibliotecas nacionales. Se sumó a ello, la falta de un nerviosismo industrial que extendió esas tendencias bibliófilas hasta casi nuestros días.

La reducción de medios económicos, la escasez de tiempo disponible para la lectura y principalmente la falta de espacio al desaparecer las grandes residencias que albergaron las familias por generaciones, dando a sus bibliotecas la sedimentación de los años, hizo desmembrar conjuntos de libros formados por valiosos o únicos ejemplares. Hoy estas bibliotecas se suplantaron por tomos de obras condensadas en modernas ediciones destinadas a concentrar la sabiduría adaptándola al espacio cada vez menor, disponible por el hombre, para desarrollar su vida particular, y aquellos libros, deleite de nuestros abuelos, se dejaron emigrar en un

viaje sin retorno hacia los países ricos compradores de inteligencia y concededores del valor de estos materiales para su futuro.

Esas piezas bibliográficas se introdujeron en nuestros países al amparo de leyes liberales que abatiendo impuestos necesarios al estado, propiciaban la difusión de la cultura. El legislador de otra época supo hacer leyes fomentando el incremento librístico, el de hoy se olvida defenderlo. En Uruguay, el insigne hombre público y de letras don José Enrique Rodó, propició desde su banca de diputado, la ley que lleva su nombre, del 23 de julio de 1910, nro. 3681, eximiendo de todo impuesto de aduana la importación de los libros.

La producción de los autores vernáculos es importante a partir del año 1850; casi sin excepción las más destacadas figuras de las letras o la ciencia, comienzan a editar sus trabajos en pequeñas ediciones. En toda la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, la falta de recursos, planes de organización editorial, distribución inadecuada, pueblos poco numerosos, el adolecer de buenas comunicaciones, y sobre todo el bajo índice de alfabetización, hizo que la demanda fuese poco importante, de allí las tiradas reducidas. Aún hoy, las ediciones se imprimen en muchos lugares para una pequeña clase, los libros que alcanzan el millar de ejemplares son raros. Como consecuencia casi todas las obras salidas de las prensas hace un lustro, comienzan a transformarse en rarezas. Cuando un libro se agota, con las perspectivas trazadas, se comprenderá que pocas veces se justifica con fines comerciales, la preparación de una nueva edición. Si no concurre en su ayuda la cooperación de organismos especiales que costeen parte de la misma, el libro no volverá a publicarse.

Un permanente rastreo de libros importantes se realiza en ferias callejeras, subastas y librerías de viejo; se busca preferentemente aquellas obras que podemos clasificar entre las de información y consulta como las cronologías, diccionarios biográficos, geográficos e históricos, nomenclatores, antologías generales y particulares, ediciones príncipe y colecciones de revistas y periódicos, muchos de ellos recogidos con paciencia por los aficionados durante toda una vida, material que resume la historia de una materia o período, siendo insustituible a los investigadores. La operación es llevada a cabo, en su mayoría por libreros aficionados que ni siquiera disponen de permiso de tales. Estos revenden el material obtenido a librerías mejor organizadas que publican, y distribuyen en el exterior, extensos catálogos con obras nacionales y extranjeras de raro valor, en cotizaciones altísimas, generalmente sobre moneda norteamericana. En esta constante selección perdemos lo más valioso, por ello los bibliófilos sólo hallamos en las estanterías y mesas de librerías de lance, novelas rosa y de aventuras en las más burdas ediciones. Y mientras notamos la falta de nuestra producción superior, orgullo de las letras latino-americanas, vemos su suplantación por obras de otros niveles, realizadas con fines comerciales que acostumbra al lector a pensar poco.

Estos países de cuando en cuando, asisten a la exportación en conjunto de alguna de sus bibliotecas valiosas. Estudiosos, historiadores, bibliógrafos, observamos asombrados la venta de importantes colecciones, únicas en su materia, sin que medie el amparo de leyes que eviten esos desmanes comerciales y sin que las autoridades se inmuten. Se está dando el

caso de que los escritores no llegan a completar la bibliografía en un tema, debiendo recurrir al microfilm o realizar largos y costosos viajes, y ello, solo cuando se conoce el lugar donde se halla depositado el material que se nos arrebató.

Desde Uruguay a México no queda país sin ese tributo a su falta de previsión, así por ejemplo, se exportaron las bibliotecas de Luciux en el primero y de Pedro D'Andrea en el segundo.

El interés extranjero por conocer nuestras bibliografías es prueba evidente de la sistemática búsqueda realizada. Se suceden reuniones y seminarios de especialistas en adquisición de materiales latinoamericanos con el buen deseo de comprender y estudiar estas culturas pero ello no debe afectarse con el acaparamiento total de materiales básicos a la investigación. Funcionarios de importantes universidades y bibliotecas recorren periódicamente la América Latina llevando un buen fajo de billetes fuertes y comprando todo lo ofrecido sin regateos.

Frente a estos hechos debemos prepararnos inmediatamente en forma eficiente para contrarrestar ese tipo de desvalorización intelectual. Existen medios legales para canalizar la venta al exterior de obras vernáculas. En cuanto a las obras extranjeras no se justifica su salida. El registro obligatorio de los libreros exportadores y el contralor por los bancos centrales, de los giros recibidos del exterior solucionaría en gran parte el problema.

Creemos que la difusión de las obras nacionales extiende la cultura de un país haciéndolo conocer, mas cuando se realiza en base a piezas raras o únicas, sostenemos que es nociva para sus repositorios y su integridad intelectual.

Montevideo, Abril de 1967.

LUIS ALBERTO MUSSO

Director de Divisiones de la Biblioteca del Poder Legislativo del Uruguay